

Editorial

La espesura de los espíritus soberbios

Daniel Fernando López Jiménez
Universidad Hemisferios
daniell@uhemisferios.edu.ec

Le pregunté a la historia sobre el porqué de la vida, y no supo responderme; a la filosofía y no supo hacerlo; a la ciencia, y con sus métodos infalibles tampoco pudo contestar... decidí preguntarle al Señor K y este me dijo: no se si entenderás, porque estás limitado en entendimiento, no sé si comprenderás, porque eres incapaz de ponerte en los zapatos del otro, no sé si valga la pena explicarte porque, aun conociendo, terminas haciendo lo que te place, te lo contaré como una historia más:

-El “señor K” tomó el teléfono y lo puso en el oído de Carlo. Había marcado con el dedo de su mano izquierda el número de su casa. Estaba emocionado por el reencuentro con su familia, llegaba a la ciudad después de dos meses de ausencia. Quiso llamar antes a su madre para sorprenderla, había esperado dos horas a que alguien lo ayudara.

—¡Hola!

— ¡Mamá soy yo!

— ¿Carlo? ¡Dios bendito! ¿dónde estás? ¿cómo estás? ¿cuándo vienes? ¿cómo va todo?

— ¡Mamá! ¡mal, yaaa, tranquila, voy para casa.

—Che, decime dónde estás, por qué no llegás

—¡Mal! ¡Ya terminé mi servicio me dieron la baja!

—Dios bendito... me muero Che!

—Ma...pero hay un detalle.

—El que sea, dime.

—Es que no voy solo, voy con un amigo que se quedó sin familia.

— ¿Y qué pasó hijo?

—Allá te explico. ¿Ves lío si se queda en casa un tiempo?

—No, no, sin problema, si es tu amigo hay que apoyarle Che, pero ven pronto.

—Hay otro detalle madre... mi amigo perdió sus piernas en combate.

—¿Cómo? ¡Carlo que tragedia!

—¿Ves algún problema?

—No sé, es complicado... pero podemos acomodarnos.

—Madre hay otro detalle más complicado...también perdió uno de sus brazos...

—Pero ¡cómo es posible hijo, qué bárbaro!

—¿Crees que sería mucho problema Ma?

—Hijo esto es serio, cómo podríamos tenerlo en casa, no tenemos los recursos, quién lo llevaría al baño, sabes que tu padre y yo estamos viejos, y no podemos cargarlo, tu hermano es un bueno para nada, no hay manera de que se levante de la cama, es un vago...se droga todo el día, y tu hermana se fue de la casa dizque a recorrer el mundo...haciendo malabares en los semáforos, ¡como si eso fuera un trabajo! no, no, hijo, una carga así sería impensable... sería como tener un mueble que habla y solo pide favores, no me puedo imaginar yo en esas, soy la única que trabaja en esta casa, no Carlo, perdona, pero definitivamente no...últimamente he estado muy enferma, qué no daría por tener un poco más de dinero para arreglar esta casa que se cae a pedazos...o al menos para cambiar de lentes porque ya no veo un chorizo...tu padre no ayuda en nada, y esa pensión que recibe de los militares da lástima, se la pasa sentado esperando que ganemos la guerra, como si esas islas nos fueran a dar de comer. Las Malvinas ha sido la peor pesadilla para esta familia.

Carlo descolgó el teléfono, lentamente giró las ruedas de su silla hacia el barracón del metro de Buenos Aires, con el único brazo que le quedaba de su atormentado cuerpo, y dejó que su vida se extinguiera al paso del tren.

—Como sé que no has entendido -dijo el Señor K-, te lo explicaré, aunque sé que no servirá de nada, porque además de ciego y sordo, eres soberbio como la gravedad. La vida creada tiene un solo propósito, darle sentido al tiempo. Porque el movimiento sin tiempo no tiene vida. La vida tiene una sola finalidad, el amor compartido. Tu no ves esto porque solo piensas en números. La vida conlleva el pasado, el presente y el futuro de la existencia, no es solo un momento, es un momento lleno de sentido, y el amor es la máxima expresión de la vida. Te voy a explicar un poco mejor... pero antes... dime qué viste en esta historia.

—Estoy confundido, asenté ¿por qué me cuentas esta historia? Solo quiero saber el porqué de la vida, su razón de ser o mejor su finalidad, pero te diré lo que veo:

—En esta historia veo que Carlo se sentía menos que todos los hombres porque creía que por carecer de piernas y un brazo tendría una vida incompleta.

—La madre de Carlo creía que su vida tenía muchas penurias y no soportaría una más, sin embargo, quería dedicar el resto de la vida que le quedaba a tener más.

—Su padre quería vivir solo para un ideal, había obligado a Carlo a alistarse en el ejército para luchar por un puñado de tierra.

—La hermana de Carlo quería buscar y conquistar su propia vida, lejos de su familia.

—El hermano quería escapar del vacío, de la soledad, de la existencia.

—Se te escapa lo más importante, pequeño insensato- replicó el Señor K:

por una vez, ponte en los zapatos de Dios, y piensa que él no creó la vida de las criaturas para que ellas sufrieran a través del dolor, las angustias o el miedo. Tampoco para que le pidan que intervenga en guerras, partidos de fútbol o para otorgar casas, autos, joyas, o para que los chicos aprueben sus exámenes, y tantas otras cosas que le piden para el consuelo de sus corazones. Creó la vida como expresión de la verdad, el bien y la belleza, y los creó a ustedes insensatos, un poco más listos que las demás criaturas, para que fueran testigos, partícipes e hijos de su amor. Hasta envió a su hijo amado para que les mostrara el camino, la verdad y la vida, y ustedes le dieron la espalda y lo crucificaron.

—Más bien déjame preguntarte algo, insensato; aunque ya lo sé, intenta sorprenderme.

—¿Para qué los hombres quieren vivir tanto?

—¿No les ha bastado la vida que les di?

—¿Acaso quieren ser dioses, o jugar a ser dioses?

—¿Quieren ser eternos?

—¿Puedes, tan solo, imaginarte la carga que significa eso?

—Voy a atreverme a contestar -le dije- sin que, por ello, pueda contestar en nombre de nadie, solo el mío propio.

—Nos crearon libres, inteligentes, buenos, sensibles e indefensos. Pensamos que la libertad era moverse sin riendas, y nos olvidamos de que hasta los gigantes planetas siguen orbitas precisas y que los invisibles átomos guardan el orden de la materia y la energía. Pensamos que la libertad era desplegar nuestras emociones sin medida, y quisimos a través de la inteligencia derribar todo lo que significara o representara un límite. Y vimos que la inteligencia que nos diste era nuestra mayor arma, no solo una facultad, un arma tan poderosa que podría revelar los secretos del origen de las cosas creadas, tanto las inertes como las criaturas vivas. Pero no nos dimos cuenta de que la inteligencia no viene sola, viene con el movimiento de la voluntad, y más aún

con las sensaciones y las emociones, que conllevan los sentimientos y los placeres, lo que nos hace sustancialmente humanos. Cada ser humano sintió que era el centro del universo, o como el viejo Protágoras, “la medida de las cosas”.

Pero no contamos con el mayor de los límites que tiene la criatura humana: el tiempo. El tiempo que, como advirtiera Aristóteles, es la medida del movimiento se acaba para todo ser humano, al menos en esta tierra. Y sobre por qué queremos vivir tanto, solo puedo decirte que es otro límite que queremos romper. Ya no se trata solamente de tener una vida sana y digna, queremos ser eternos, porque las ansias de sentir, de experimentar, de conocer y de ser el centro del universo, son límites que ya se han roto. Sobre si no nos basta la vida que nos diste, te diré que también nos hiciste inconformes, diferentes a las demás criaturas que no pueden escapar a su condición instintiva; nosotros, sí. Gracias a esto, hemos descubierto, conquistado y transformado la naturaleza que creaste.

Sobre si queremos ser dioses, debo decirlo con vergüenza que sí. El mayor anhelo del espíritu humano es conocer a su creador, contemplarle y así sea por un momento, un solo instante en el tiempo, hacer parte de tu divinidad eterna, porque esa ha sido tu promesa para con nosotros, y que, no es la eternidad sino ¡la misma divinidad! Sobre si queremos jugar a ser dioses, ese si es un problema, porque en efecto, algunos, no todos, sí están tentados a jugar. Ya nos lo dijo Einstein, “Dios no juega a los dados”, es decir, nada en la creación es un juego, y menos un juego de azar o de casualidad. Tu eres infinito amor, y el amor es la fuerza más poderosa de la creación, la atracción propia que conlleva la unidad. Y lo contrario, el odio, que como el viejo Empédocles decía, conforma la fuerza negativa del rechazo oscuro. Nos movemos entre estas dos fuerzas, unos hacia el amor, otros hacia el odio. Mientras algunos quieren ayudar a los más desprotegidos, otros fabrican armas para destruirlos.

Como ves, a pesar de tener la misma naturaleza, los seres humanos se mueven por diferentes motivaciones: por amor, por odio, por placer, por la razón, por el dinero, otros por la trascendencia o por otras razones. ¡Y están

los egoístas! los que quieren jugar, porque no anhelan contemplar el rostro de Dios, sino ser como él, todo poderoso y eterno. Y es precisamente esto, el ser eternos, lo que mueve a algunos. Nos dimos cuenta de que la inteligencia podía crear métodos para conocer la verdad de la naturaleza, el cómo estaba creada, incluso sobre cómo conocer a Dios; Santo Tomás nos dio cinco vías.

Comprendimos quiénes éramos nosotros, tu mayor creación, y comprendimos que no solo éramos animales racionales, sino que también teníamos voluntad de hacer o no hacer las cosas, y sobre todo, que éramos seres sensibles, colmados de emociones y sentimientos, frágiles ante el placer, que podíamos tener sueños y retos, vulnerables al dolor y a las promesas. También nos dimos cuenta de que el mundo de las ideas podía confundirnos entre la realidad y la percepción, entre lo que es y lo que no es. Y en los últimos segundos de la creación, en nuestro tiempo, nos desvela el verdadero sentido de nuestra existencia, nuestra propia vida.

Quienes quieren prolongar su existencia, su vida, y tienen la oportunidad de hacerlo, a través de la ciencia, lo van a hacer, no necesariamente porque quieren extinguir las enfermedades y el dolor, sino porque quieren ser eternamente bellos, sensibles emocionalmente y todopoderosos en inteligencia. Saben que una vida no les basta para conocer el universo, porque antes de llegar a la estrella más próxima estarían muertos. A estos hombres, no les importan los demás, solo ellos mismos. Saben que el mayor límite que tienen es su propia vida, por eso quieren prolongarla, no diez o cincuenta años, quieren ser eternos. Fíjate, los griegos vivían alrededor de 25 años; los renacentistas, 35; y nosotros ya vamos en 70. Sobre si me puedo imaginar la carga que con lleva ser Dios, debo decirte que no. Mi imaginación es limitada por el conocimiento y no conozco mucho. Sin embargo, puedo imaginarme lo que pasaría con el deseo de los mortales de ser inmortales.

He visto cómo los abuelos ya no hacen parte de las familias, los hemos condenado al exilio de la soledad, o bien en asilos, o bien en las calles de las grandes ciudades, porque a pesar de que hoy somos más que en el principio, hoy somos invisibles, transparentes como un vidrio; nadie nos ve, a menos que sea para juzgarnos. He visto cómo descartamos la vida de tus hijos aun

por nacer, sumergidos en innumerables pretextos y justificaciones propios del odio a la incomodidad que produce el amor de ser responsables de otro. He visto cómo destruimos el planeta, sus elementos y sus criaturas, el hogar que nos diste; he visto cómo se arrasa con familias, pueblos, ciudades y culturas enteras sin remordimiento alguno, solo porque no comparten nuestras creencias o porque ocupan el territorio que queremos por sus recursos. He visto cómo se esclaviza a los seres convirtiéndolos en objetos indignos de la realidad que les obligan. He visto cómo cada persona reclama para sí todos los derechos, y escapa deliberadamente a sus deberes. He visto cómo el odio se mezcla con el egoísmo, conformando la espesura propia de los espíritus soberbios y arrogantes, que se ven a sí mismos como dioses. No puedo imaginarme el peso que conlleva ser Dios, porque ni siquiera puedo concebir por qué los seres humanos a pesar de ser inteligentes, buenos, bellos y sensibles, actuamos con odio, egoísmo, soberbia y arrogancia. Sé que me vas a decir que ¡porque somos libres. Aun así, no puedo comprenderlo. Puedo imaginar a un Dios eterno, sin tiempo, conformado de infinito amor.

El Señor K interrumpió:

—Veo que te esfuerzas en contestarme, pero es evidente que eres ignorante como todos los hombres. Te daré pistas para que comprendas, pero ten presente que son solo pistas, seguirá siendo trabajo tuyo el seguir buscando la verdad; ten presente que por muchos medios Dios ha insistido que lo hagas, por medio de la naturaleza, de otros hombres y hasta de su propio hijo, que no entendiste. Te dio la inteligencia para que conocieras la verdad, pero te enamoraste de ella, la idolatraste, hasta convertirla en una deidad. La ciencia, como la llamaste, se olvidó de la voluntad, de la belleza y de las emociones. Te volviste frío y calculador, pensaste que ella te llevaría a la eternidad, que solo bastaba revelar los códigos de la vida y de la corrupción para controlarla y dominarla, sin comprender que la vida es la máxima expresión del amor de Dios y que, en efecto, es la fuerza más poderosa de la atracción, no es lo que ustedes llaman gravedad.

¿De qué sirve la vida, si solo es movimiento? ¿en dónde queda el amor de los padres, de los hijos, de los amigos? Creen que clonándolos pueden

revivirlos. ¡Qué ingenuos! Se les olvida que la vida de cada persona tiene un alma única e irreplicable, colmada de autenticidad y espontaneidad. ¿Crees acaso que tu ciencia puede crear almas? Te volviste avaro, codicioso y acumulador, dejaste que tu voluntad te dominara por el ansia de poder, y esa cosa que llamas dinero. Te humillaste ante el brillo del metal, porque no te bastó el resplandor del sol, de la luna o de las estrellas, sino que lo quisiste todo para ti, para que te iluminara porque tu luz fue incapaz de iluminar a otros. Te volviste vanidoso, superfluo y maquillador. No bastó tu cuerpo para moverte y para sentir los elementos de la creación. Te enamoraste del sentir, de las emociones y los placeres, y te olvidaste de ti mismo, de tu tiempo y de tu esencia. Pensaste que como la mariposa podías cambiar de ropaje con metamorfosis. Te convertiste en esclavo de tus deseos y, sin más, dejaste de ser quien eras, para ir en búsqueda de quién querías ser, aunque ya no fueras ese ser original creado.

Sé por qué quieres prolongar tu existencia y volverte eterno: te lo diré sin más. Se te olvidó que este mundo como lo creó Dios está conformado por cosas que no puedes ver por su diminuto tamaño, a las que llamaste partículas de quarks y bosones, y que éstas conforman monumentales planetas y estrellas, en un número imposible para tu comprensión; pero que puedes apreciar, sentir y contemplar en cada instante del tiempo. Dios quiso que tuvieras sentidos para que vieras, escucharas, palparas, degustaras y olfatearas la naturaleza y las maravillas de la vida. Él creó cada ecosistema para que fuera consistente, con animales y plantas que entre sí se complementaran y que, como eslabones, cada uno hiciera un trabajo específico, y si te das cuenta, tu no perteneces a ninguno de ellos, pero hoy todos te necesitan para sobrevivir. Dios quiere que el amor viva en cada uno de ustedes para que compartan, se comprendan, complementen y se apoyen entre sí; pero se les olvidó que la ternura, el cariño, el afecto y la consideración son expresiones del amor. Todo esto, mi querido amigo, y muchas otras cosas que no te diré, son las razones por las que los hombres quieren vivir más, porque se olvidaron de los demás, y sobre todo se olvidaron de sí mismos. Es evidente que quien quiere vivir más debe reconocer el sentido de esta responsabilidad. No se trata de vivir solo para el sentir, se debe vivir para el

trascender. Hay una cosa que a pesar de que lo sé, me inquieta, ¿por qué quieres vivir tanto? —preguntó el Señor K.

—No sé si pueda responderlo Señor K, pero intentaré hacerlo le contesté:

La ciencia que tenemos desemboca en la transformación digital que vivimos en nuestro tiempo, y que se caracteriza principalmente por la acelerada velocidad que suponen los cambios en todas las esferas de lo que llamamos tecnologías de información y comunicación, que abarcan las estructuras políticas, económicas, culturales, científicas, sociales y humanas. Atrás dejamos los lentos procesos de la evolución natural o de las revoluciones sociales, científicas o culturales. El cambio acelerado que vivimos supone la velocidad vertiginosa del movimiento de la materia y del conocimiento que, al igual que un automóvil de Fórmula 1, podría estrellarse fatalmente en una de las curvas de las autopistas del desarrollo científico y económico de los diferentes países. No se trata de ir en contravía del desarrollo, se trata de ajustar los cinturones de seguridad de la prudencia y la justicia que suponen la sostenibilidad y la sustentabilidad de esto que llamaste Humanidad.

La tecnología, y en especial las tecnologías de la vida, de la inteligencia artificial, la robótica y la automatización no las consideramos como lo que son: herramientas de trabajo, extensiones del cuerpo que facilitan el trabajo y mejoran las condiciones de vida de las personas. Las tenemos como un fin o un propósito de enriquecimiento particular y, necesariamente, instrumentalizamos y objetivamos a las personas. Pensamos que era verdad aquello de que “el fin justifica los medios”, en donde el ansia de eternizarse expone nuestros deseos más descarnados y deshumanizantes de la condición humana. Fundamos el determinismo tecnológico que conlleva el exterminio de la esencia humana, y que antepone la vida artificial sobre la vida natural.

Desde esta mirada fuimos conscientes de que el trabajo, la amistad, la familia, la compasión, el afecto, el dolor, la imaginación, los sueños, la inteligencia, la voluntad, el arte y la sensibilidad más profunda de lo que nos hace humanos, simplemente lo reemplazamos por un nuevo ser artificial: un *ente digital*, sin emociones y sentimientos. Sabemos que no es ni debe ser la

tecnología la que determine la cultura, sino la cultura, es decir, el ser humano, quien determine la tecnología, su uso y sus alcances. Sabemos que el *ente digital*, solo tendrá que oprimir un botón para detonar el caos, porque lo habremos dotado de inteligencia y voluntad, orientándolo a eliminar el *error*, como máximo propósito de la productividad, y no existe nada en la creación de Dios más susceptible de errar que el *ser humano*, porque nos hizo libres. Los demás seres de la naturaleza se mueven por instintos o por leyes. Sabemos que la técnica se ocupa de las herramientas, y a través de la tecnología podemos mejorar estas mediante la ciencia y el conocimiento. La creatividad y el ingenio que nos diste se ocupan de la transformación de la realidad natural, descubriendo, comprendiendo y adaptando sus recursos a nuestras necesidades de supervivencia y desarrollo. Sin embargo, también sabemos que cualquier manipulación, alteración y desorden pueden ocasionar tragedias desastrosas para la vida, para nuestra especie y para el planeta en general.

El desarrollo de las Tecnologías de Información y Comunicación aplicado a todos los sectores puede ser nuestra mayor oportunidad para erradicar problemas económicos y políticos de nuestra sociedad, como la pobreza, la esclavitud y la corrupción; las enfermedades físicas y mentales, pandemias y adicciones; los conflictos ambientales, como la contaminación, el deterioro ambiental, el cambio climático y el exterminio de las especies. Si esto no es así, estoy de acuerdo contigo, no tiene ningún sentido prolongar la existencia, prolongar la vida. Sabemos que se trata entonces de repensar en el *para qué* de la tecnología y darle sentido al *por qué* vivir más, que sigue siendo el mismo desde el principio de la razón humana: el desarrollo y mejoramiento de herramientas para mejorar las condiciones de vida de la especie.

Así mismo, la ética sigue siendo la misma, a pesar de que hoy la especialicemos en bioética o ética de la biotecnología. Sabemos que la ética de la tecnología supone el no sobrepasar la línea del bien, que no es otro que mantener el orden natural de las cosas que creó Dios y el bien común de la sociedad; sabemos que es imperativo que los estados políticos pongan a disposición de los ciudadanos la tecnología para optimizar los sistemas de salud, servicios públicos, educación, seguridad, infraestructura, inversión, contratación y veeduría ciudadana. Urge que las empresas de tecnología y la

industria en general en todos sus campos, adopten sistemas y procesos sistemáticos de tecnologías limpias, teletrabajo, sostenibilidad y sustentabilidad en todos los productos que ofertan a sus clientes, y en todos los procesos que conlleva su producción. Depende de nosotros, mi respetado Señor K, que los gobiernos y las empresas, y todas aquellas personas que tienen la oportunidad y la responsabilidad de tomar las decisiones trascendentales de nuestro futuro y de las futuras generaciones, las tomen en el marco de la ética. De lo contrario, seremos los últimos testigos y protagonistas de la posible extinción de la especie y de la vida en este planeta, en este afán alocado de prolongar la vida de los seres humanos, cuando aún no hemos siquiera erradicado el hambre, la injusticia social, las guerras y los conflictos y, menos aún, todo aquello que nos hace indignos del creador y de nosotros mismos.

—Veo que te has esforzado, pero aun estas enredado, suspiró el Señor K...

La historia que te conté al principio de nuestro diálogo solo tenía un propósito que te voy a precisar para terminar. Cada persona en el universo cuenta, sin importar su color, su forma, sus creencias o preferencias ¡todos son hijos de Dios! Toda la vida en el universo, y especialmente la humana, pertenece a Dios, él la creó, mediante el orden del cosmos, la armonía de los ecosistemas y la finalidad de cada criatura en relación con los otros. Dios no creó criaturas aisladas, ni en serie, cada una es una entidad única e irreplicable, animada por el soplo de su infinito amor. Pero no nos creó perfectos como él, porque quiso dejarnos esa tarea como meta, para eso debes considerar que cada segundo cuenta, cada minuto de tu existencia. No porque agregues más días a tu vida serás mejor. Serás mejor porque hagas que cada segundo de tu existencia cuente, que valga la pena, que valga para la vida, y la única manera es sirviendo, amando a los otros, como Dios nos ama desde la eternidad.